

PRÓLOGO

En octubre del año 2010, al borde de una cuneta a la entrada de un pueblo del Bierzo, el autor de este libro se dirigió de manera espontánea a un grupo de personas manifiestamente republicanas pronunciando esta radiográfica sentencia: «Aquí nació mi silencio y aquí murió mi silencio».

Lo hizo sobre la misma tierra en la que durante sesenta y cuatro años y cinco días se ocultó una fosa común con los restos de trece civiles republicanos asesinados en 1936 por pistoleros falangistas. Uno de ellos era su abuelo paterno, al que le arrebataron la vida en aquel lugar un cuarteto de pistoleros fascistas. Apretaron sus gatillos y abandonaron los cadáveres agonizantes bajo la oscuridad de la noche, conscientes de que a la mañana siguiente muchos vecinos que transitaban por esa carretera observarían atónitos y aterrorizados los frutos de la matanza.

Él mismo se sorprendió al escuchar que sus cuerdas vocales proporcionaban sonido a esas nueve palabras. Si hubiera tenido un psicoterapeuta a mano habría tumbado aquella frase sobre un diván para que allí pudieran diseccionarla, interpretarla,

practicar una autopsia a una voz que nació muerta, como durante muchos años ha estado esta novela.

Entre sus grietas semánticas habrían encontrado lenguas mordidas para no pronunciar nombres queridos y dolorosos o temidos; recuerdos arrinconados de varias generaciones, almacenados en rincones inaccesibles del trastero de las emociones familiares en lugares a los que nunca llegaban ni la luz ni el aire; palabras debidamente amordazadas, paralizadas; silencios compactos y enquistados que deberían haber sido gritos; golpes secos para detener conversaciones indebidas de una sobremesa veraniega; dientes y labios que se apretaron para no decir lo que convenía callar y trazas profundas de miedos paralizantes que ya formaban parte del código genético.

Por eso, este prólogo pretende explicar que esto que tienes entre las manos es algo más que una novela escrita, corregida, maquetada y enviada a una imprenta. Estas páginas son acordes de un aullido en la apagada voz de una dinastía incapacitada para enunciar, para decir, para señalar, para recordar públicamente que hubo un tiempo en el que se significaron.

Un preámbulo que es una superposición de estratos deshilvanados por la lenta y precavida pérdida de prudencia. El fin del sigilo de una de esas miles de familias que tuvieron que sobrevivir callando, escondiendo, renunciando y comportándose como si la terrible y violenta represión que padecieron bajo el gobierno del fascismo no hubiera ocurrido o no la hubieran sentido o la hubieran olvidado. Y así ser sin ser, para poder escapar de los ojos del vigía, para esquivar la posibilidad de multiplicar su sufrimiento, para sentirlo lejos de esa

cuneta donde nacieron recuerdos innombrablemente amortajados.

Esto que lees son los escombros catapultados, centrifugados y esparcidos de una misma historia, de un estallido de memoria. La primera parte es este ensayo a la manera de una exposición de motivos, un prefacio para hablar antes de decir, para empezar a dejar de callar, para pisar más allá del límite, donde el miedo, la historia y la educación programada por los verdugos ha dicho que no hay que pisar.

Existe la posibilidad de que no te gusten las explicaciones de los libros y que quieras convertirlo directamente en un epílogo o no leerlo ni antes ni después y saltarte estas páginas iniciales. En ese caso y sin ningún problema, podrías avanzar y llevar tus ojos a los primeros renglones de la página 39 donde comienza lo que podríamos llamar ficción, aunque no sepamos exactamente dónde se encuentra el límite entre lo realmente ocurrido y, por estas razones que se van enumerando, lo necesariamente ficcionado.

Al autor le gustaría explicarse, desplegar sus antecedentes familiares, y por lo tanto sociales, y por lo tanto políticos. También quiere acompañarte a recorrer la dolorosa genealogía de un silencio impuesto, predispuesto, de comportamientos inscritos, herencias familiares encriptadas, como una forma de ocultación, de renuncia a la muestra de la propia identidad.

Una explicación posible después de muchos años de explicaciones imposibles, de arduos esfuerzos por romper la máscara con forma y tamaño de armadura, construida como un refugio protector. A fin de

cuentas, es algo así como la resonancia magnética de un intento de fuga del espanto.

El autor comenzó a escribirla porque necesitaba entender el cúmulo de inseguridades y complejos emocionales que llevaba años arrastrando. Quiso prender una luz y descender a los espacios abisales de las cavernas familiares, al origen de todos los reflejos condicionados, de la orden que lo lleva a tener fobia a los conflictos, a ser evitativo, a dar enormes rodeos para no enfrentarlos, a pensar que lo que le espera al otro lado de ellos es una decepción, una pequeña o gran tragedia, un castigo.

La frase que repetía su padre, ese mantra terrible, amputador y heredado con el que trataba de imponerle límites a su hijo adolescente: «El que vive de sueños muere de realidades». Una y otra vez, como una regla matemática, como una fórmula. Era la moraleja de una terrible experiencia familiar, un legado nacido de las imposiciones del hombre cuya mano apretó el gatillo. Aquel que disparó una bala que hizo estallar el cerebro de un militante de Izquierda Republicana que luchaba por la igualdad, por una enseñanza pública y laica, por una revolución armada de cultura, que quería emancipar a la sociedad de su atraso secular, del escarmiento del nacionalcatolicismo, de la feudal forma de administrar el poder y las oportunidades.

Es una novela que lleva escrita muchos años; un relato en el que puede leerse entre líneas el certificado de defunción de ese trauma irrevocable; la desprogramación de los límites y de las instrucciones familiares; el fin de todas las veces que escuchó «De eso no se habla fuera de casa», cuando preguntaba por la vida y por

la muerte de ese abuelo desaparecido; el eco de lo que nunca oyó enunciar ni denunciar; algo que aprendió a decir, pero que le ha costado tremendamente escribir y sobre todo permitir que sea leído. La historia de alguien que aprendió a callar antes incluso de saber hablar.

Podía haber sido publicado en el año 2004, en una editorial de cierta relevancia que le sugirió unos cambios que no afectaban en nada a su contenido porque se trataba de una pequeña alteración en el orden de lo narrado. Pero entonces su autor le explicó a la editora que el libro le había salido así, que significaba muchas cosas para él y que no estaba dispuesto a modificarlo. Su reacción fue como si el simple hecho de adelantar unos párrafos —algo que en la última corrección ha hecho voluntariamente— traicionara la obra o supusiera un engaño a las personas que potencialmente pudieran leerlo. Visto en la distancia temporal y en la corta lejanía emocional, parecía una excusa más que un argumento. No estaba preparado para que fuera leído, y así regresó el manuscrito a su clandestinidad, a su silencio, mientras el autor publicaba ensayos y artículos de prensa, pero escondía por alguna razón esa faceta literaria que podía desvelar, dejar leer entre líneas, salir del escondrijo.

Esta novela es sólo una parte de la escrita, la que se ha salvado por ahora del síndrome de Sísifo, ese rey mitológico condenado a perpetuidad a empujar cuesta arriba una gran roca que se precipitaba hasta el fondo antes de alcanzar la cima y eternamente tenía que volver a arrastrarla para verla precipitarse.

En las sesiones de terapia del autor ha sido varias veces tema de conversación; el eterno proceso de innece-

sarias correcciones, la incapacidad para decir «Ya está terminada para entregársela a alguien que la difunda» o lo que puede significar la exposición pública a una vocación nacida en la infancia. Hasta un día en que el terapeuta le lanzó una de esas piedras de la mochila a la cabeza: «A veces parece que estás apegado a esa identidad de novelista inédito».

Jugaba con ventaja con respecto a cualquier persona que pueda estar leyendo esto porque sabía que en el disco duro del autor hay varios textos que nunca han conocido una imprenta: *Agujeros en la niebla*, un libro de cuentos en el que se relata la historia de un autor improductivo que convoca un concurso para robar ideas; *Pepón y el Barrendero de la Tristeza*, un libro infantil hermosamente ilustrado por el dibujante Luis Doyague; o *Cajas Negras*, compuesto por relatos que imaginan documentalmente momentos de nuestro pasado reciente, como la reunión que se pudo celebrar en la quinta planta de la sede del Partido Popular, en los primeros días de marzo de 2020, en la que, cuando empezada la pandemia del Covid-19, se decidió que, si su proyecto de privatización sanitaria llevaba más de dos décadas construyéndose, independientemente de lo que provocase ese virus, en ningún caso supondría el fortalecimiento de la sanidad pública.

En algún momento debería reconocer el autor, si se va a sincerar, que ha mantenido una romántica relación con los perdedores, con los fracasados, con la idea de que la creación sólo surge como respuesta al sufrimiento, al malestar, al dolor, a la tragedia.

Para leer plenamente este libro es necesario contar su historia, explicar por qué durante más de dos décadas

ha ido pasando, impreso en papel ecológico y encuadernado con un canutillo verde y con unas gruesas tapas de cartón de color burdeos, a través de varias bandoleras de ordenadores portátiles, mes tras mes, año tras año, sin que su autor se atreviera a decir «Ya es el momento, no pasa nada, quiero que se sepa y para eso no queda más remedio que exponerse, que abandonar el escondrijo y, si ya lo has dicho y ha podido ser oído, qué más da que sea leído».

Para establecer un punto de partida, habría que saltar a ese 24 de octubre de 2010 cuando el autor dijo, al pie en una cuneta a la entrada de un pueblo llamado Priaranza del Bierzo, que allí nació y murió su silencio. O tal vez remontarse a septiembre de 1998, cuando tuvo su primera crisis de ansiedad, que sorprendentemente arremolinó su pensamiento en un periodo de felicidad. Fue el anuncio de que, entre lo que profesionalmente quería ser y lo que estaba siendo, se estaba edificando un abismo que se manifestó como un tornado dentro de su cabeza, que giraba y giraba sin permitirle fijar un pensamiento. O a los años ochenta, cuando hacía un programa en la emisora comunitaria de su barrio, Radio Enlace, al que le puso como nombre *A tumba abierta*. O al primer cuento que escribió cuando tenía ocho años. En él narraba la historia de un castor que aparecía en un cromó de una colección de animales que prefirió pegar en un folio, antes que en el álbum, e inventar una historia de aquel roedor subacuático que permanecía de pie delante de un fondo vegetal. Escrito en esa hoja cuadrículada con las perforaciones de dos anillas que una mañana leyó en la habitación de sus padres. O a sus seis meses de vida, cuando una inyección de tetraciclina lo

resucitó después de haber recibido la extremaunción en un hospital de Pamplona, en el que había sido ingresado a causa de lo que entonces se llamaba pulmonía doble. O podría ser a sus cinco años, cuando su madre no lo dejaba levantarse de la mesa hasta que comiera un alimento que no soportaba, el tomate crudo, y después de un rato llorando se tumbó en el sillón del salón con los ojos escocidos. Se quedó dormido y durante años tuvo una lejana sensación de que las cosas que vivía las estaba soñando desde aquella siesta enrabietada.

Pero nuestras vidas empiezan mucho antes de que las vivamos. Llegamos a un lugar emocional que ya está delineado. Las familias en las que nacemos nos tienen preparados rasgos, comportamientos y emociones; relatos y actitudes que incorporamos a nuestra manera de ser consciente o inconscientemente, que forman parte de secuencias y consecuencias, de sueños abandonados o alcanzados, de alegrías que han sobrevivido y esperanzas opacas e intransitables. Antes de nacer somos nuestros padres y nuestras abuelas, sus temores y sus arrojos, lo que celebraron, lo que desearon y no disfrutaron, lo que pudieron y no pudieron imaginar.

Lo mismo pasa con un libro, o al menos con uno como este, que se empieza a redactar mucho antes de ser escrito. Quién sabe si comenzó a escribirse un día de 1915. Un joven de veintitrés años camina por el puerto de la ciudad de Vigo con una maleta de madera en la mano. Ha necesitado casi tres jornadas para llegar allí desde una pequeña aldea del Bierzo que se llama Pereje. En el bolsillo del abrigo lleva un billete que le permitirá embarcar hacia Buenos Aires. No es un viaje de placer, ni de estudios: es una emigración, etimológicamente un

cambio de residencia, pero es además una búsqueda. Algunos miembros de su familia ya están allí, ya saltaron el charco y, a través de sus cartas, le han dicho que le esperan buenas oportunidades, que deje atrás la vida en el pueblo y busque algo mejor.

Ha estallado la Primera Guerra Mundial, y Europa es un continente embarcado en una de sus mayores y peores tragedias. España es un país convulso, con un pueblo hastiado de enviar a sus hijos a los mataderos del norte de África, y de una monarquía corrupta, socialmente insensible e inculta, sin un proyecto que pueda ofrecer a ese país y a ese joven un horizonte de prosperidad.

Se llama Emilio Silva Faba y diez años después ha pasado un lustro en Argentina, en la localidad de Ezpeleta, trabajando en una sodería, y se ha mudado a Estados Unidos donde residía una de sus hermanas. Está en el puerto de Nueva York a punto de embarcar hacia España. Había llegado a la isla de Ellis el 5 de septiembre de 1920, con destino a la casa de su cuñado, Manuel Núñez, que vivía en el 775 de Main St. en Bridgeport, Connecticut. Era una zona conocida por su industria pesada, a la que estaba llegando una pequeña colonia española que, si no tenía familia con la que alojarse, aterrizaba en una pensión y casa de comidas conocida como La Valenciana.

Allí trabajó unos meses hasta que se trasladó a Nueva York y comenzó a fantasear con la idea de abrir una tienda de productos españoles en una calle neoyorquina del barrio que se conoce como la «pequeña España». Era un lugar de la ciudad, en la 14.^a calle, entre la Séptima y la Octava Avenida, en el que desde principios del siglo xx se fueron instalando emigrantes españoles.

Poco a poco se rodearon de restaurantes como La Bilbaína, el Café Madrid o el Mesón Flamenco, entre los que él había planeado abrir un negocio destinado a la colonia con la que convivía y solía reunirse en un lugar apartado de allí, un bar de la calle Water Street donde podían encontrar trabajo en el puerto o en la construcción.

Regresaba temporalmente al Bierzo con la idea de vender unas propiedades de sus padres y conseguir algo de dinero para poder financiar la apertura de ese negocio. En el bolsillo llevaba un documento que le otorgaba un plazo de un año para regresar legalmente a los Estados Unidos. Disponía de un permiso del Servicio de Inmigración del Departamento de Trabajo. En él se decía que tenía como fecha límite para retornar el 30 de junio de 1926. Y, para dificultar que otro ciudadano pudiera utilizarlo, llevaba grapada una fotografía, que alguien podía sustituir, pero se le describía como un hombre moreno, de 68 pulgadas de estatura (1,72 m), pelo negro, ojos marrones y que como marca de identificación tenía una cicatriz en la mano derecha, que era consecuencia de un accidente de trabajo.

Llegar de los años veinte neoyorquinos a la aldea familiar tuvo que ser un choque que reforzó su idea de volver a marchar. No tenía ninguna duda de lo que quería hacer, pero algo —o, mejor dicho, alguien— que no estaba en sus planes se cruzó en su camino y lo llevó a modificar casi todas y cada una de sus premeditadas decisiones. Se llamaba Modesta Santín Iglesias, había nacido el 4 de noviembre de 1904. Tenía apenas diez años cuando él embarcó con rumbo hacia Argentina.